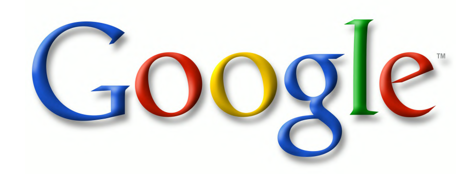

Google

LA GLORIOSA CRUZADA

DE LOS

TREINTA Y TRES PATRIOTAS ORIENTALES

---

19 de Abril de 1825

Por LUIS REVUELTA



MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTÍNEZ
CALLE BUENOS AIRES 155 ESQ. MISIONES
1902

Tercera Edición

Las publicaciones y conferencias últimamente habidas sobre las personalidades de Lavalleja y Oribe y hechos en que estos se han destacado, muy especialmente, la pasada campaña de los TREINTA Y TRES; agotadas las ediciones que de este folleto hicimos, tenido como verídico en la exposición de los hechos que narra, nos ha animado á hacer esta nueva edición, acompañándola con las copias del cuadro de nuestro eximio pintor Juan Manuel Blanes: *El juramento de los TREINTA Y TRES patriotas* y la de la estatua que acaba de erigir el pueblo de Minas al prócer de la Inmortal Cruzada.

Montevideo, Noviembre 30 de 1902.

Luis Revuelta.

Dos palabras como preámbulo

La *Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata*, publicada por el señor don Antonio Diaz (hijo) el año 1878, provocó la narración que encierra este folleto, librado entonces á la publicidad en una edición exigua de trescientos ejemplares, con el objeto de rectificar errores en que había incurrido el historiador, quizás por falsas noticias ó carencia de documentos que lo habilitasen para escribir la página, que en el LIBRO DE LA LIBERTAD DE AMÉRICA, encierra nuestra gloriosa Independencia de pueblo y de nación constituida.

Apreciado el trabajo por actores en el grandioso drama, con testimonios que lo honran, por su acabada veracidad, hemos creído obra de patriotismo en momentos en que el país le rinde culto á esa virtud, ponerlo por medio de una edición profícua, al habla con nuestros conciudadanos, á fin de que, en él, en los hechos de civismo que historia, puedan apreciar lo que importa la Patria, los sacrificios que en su altar oblaron los que le conquistaron la curul que ocúpa en el CONGRESO DE LAS NACIONES CIVILIZADAS.

Librámoslo, pues, con ese objeto, haciendo votos porque sean edificantes los ejemplos de patriotismo que ofrece, y que puedan ellos, si la fe flaquea en el ánimo de nuestros connacionales, como los golpes dados sobre el escudo de las antiguas vestales, recordarles el deber que tienen de velar el fuego sagrado de la Patria.

Luis Revuelta.

Montevideo, 19 de Abril de 1888.

LA GLORIOSA CRUZADA

DE LOS

Treinta y Tres Patriotas Orientales

19 de Abril de 1825

Sacrificada la Provincia Oriental en aras de la muerte civil del poderoso caudillo don José Gervasio Artigas que había tenido en perpetuo jaque las pretensiones de Buenos Aires sobre los pueblos que habían compuesto el Vireinato del Río de la Plata, la dominación portuguesa obtuvo todas las apariencias de un hecho asentido por los Orientales, sin embargo de que algunos centenares de éstos, entre los que se contaban personas caracterizadas por antecedentes públicos y de familia, tomando el camino del ostracismo, habían dejado constatada su protesta contra esa inícua usurpación.

Corrían así los tiempos, cuando el más esforzado de los tenientes del *Libertador* (seudónimo con que fué conocido Bolívar,) el inmortal Sucre, ganaba la famosa batalla de Ayacucho, que puso término en nuestra América á la dominación española.

La noticia de tan fausto acontecimiento, recibida por los pueblos trasandinos en cuya espaciosa zona se había dado el hecho, con indescriptible entusiasmo lo fué igualmente por las Provincias Unidas del Río de la Plata y especialmente por Buenos Aires, en donde residía el Gobierno General.

Las salvas y los repiques, las músicas, el embanderamiento y el regocijo, en fin, con que solemnizó el grande hecho, en cuyo campo de batalla, como lo decía en su parte el vencedor, «*se había firmado la paz y la libertad de América*,» obró en el ánimo patriótico de alguno de los orientales emigrados, la resolución de libertar á su patria huérfana en el banquete de la Libertad solemnizada.

El justísimo entusiasmo por ese heróico triunfo tomó en la casa de comercio del ciudadano argentino don José Antonio Villanueva, reunidos en plática amistosa, como de costumbre, á los orientales don Luis C. de la Torre, socio del señor Villanueva, don Juan Antonio Lavalleja, á la sazón encargado del saladero del señor don Pascual Costa, sito en San Isidro, su hermano don Manuel Lavalleja, don Manuel Oribe, don Pablo Zufriategui, don Simón del Pino y don Manuel Melendez, quienes conmovidos por tan feliz acontecimiento, recordando las condiciones ominosas del suelo natal, resolvieron, juramentándose solemnemente en ese acto, abordar la empresa de libertarlo ó perecer en la demanda.

Con tan santo propósito, nombraron de su seno al que debía comandar la hueste libertadora, recayendo este nombramiento por unanimidad, en el ya experimentado soldado don Juan Antonio Lavalleja; encargándose don Luis C. de la Torre de buscar y proporcionar los elementos de armas y dineros, y los demás confabulados de conquistarles brazos resueltos á la empresa — todo con el mayor sigilo, porque el gobierno de las Provincias Unidas, combatido ya en su seno por la maldita discordia, cuidaba de mantener sin motivo real ni ostensible, las melindrosas relaciones con el país que había pasado á ser Imperio del Brasil, á fin de no aumentar las dificultades y peligros de su marcha.

Resuelta la empresa y entregados cada uno de los afiliados al cometido que le había sido señalado, hízose del saladero de Costa el punto de reunión de los elementos, enviándose á la provincia Oriental en el carácter de comisionados con el fin de preparar la opinión y algunos elementos indispensables, á los ciudadanos don Manuel Lavalleja, don Atanasio Sierra y don Manuel Freire; los dos últimos, asociados inmediatamente á la idea.

Estos patriotas partieron secretamente con dirección á la Agraciada, en donde desembarcaron, y comunicando con el señor don Tomás Gómez, á quien conocía íntimamente Lavalleja, lo iniciaron en el secreto, pidiéndole el auxilio de caballos para llenar su comisión, asi como el de ese elemento en el momento oportuno, para el personal de la invasión.

Internados en el país, los comisionados Lavalleja, Sierra y Freire, se dirijieron á Montevideo, en donde entraron furtivamente, comunicando, tanto en su tránsito como en la capital, con personas cuyos sentimientos patrióticos conocían, y cuya cooperación no les faltó á la cruzada.

Recordamos el habérsenos citado por uno de esos actores, don Manuel Freire, á las siguientes personas que aceptaron entusiastas la idea y se pusieron con decisión inmediatamente á su servicio.

Don Juan Arenas, oficial en esa época al servicio del Brasil,

pero patriota de corazón; los Burgueño, los Figueredo, los Latorre y los Calleros; y la señora doña Josefa Oribe de Contusi, cuya memoria vamos á salvar, más que de la ingratitud de los hombres, de la ingratitud del tiempo, que suele borrar de la memoria de aquellos, hechos que son modelo de abnegación y de patriotismo.

La señora Oribe de Contusi, prometió en esa solemne ocasión ayudar á la empresa con el espíritu republicano de uno de los batallones que formaban la guarnición de la capital. Era éste, el de Pernambucanos, con cuyos sargentos tenían estrechas relaciones, sirvientes de la casa de la referida señora.

Arriesgada empresa, que reclamaba el valor del heroismo y que la señora Oribe de Contusi llevó á cabo felizmente; fracasando en los resultados que se prometían de ella, por el entusiasmo que esa señora había sabido engendrar en el alma de los conjurados.

Los sargentos del batallón pernambucano, respondiendo á la idea de una sublevación en favor de la causa redentora, entregaron un acta de compromiso á la señora Contusi y pidieron, con la consigna á que debían obedecer, la presencia en un momento dado, de un jefe que los dirigiese.

Esa acta fué remitida por la referida señora á Buenos Aires, dias antes de la pasada de los Treinta y Tres.

La heroina en ese acto pedía á los patriotas algunos recursos pecuniarios, que le fueron inmediatamente remitidos, asi como tres cajones de munición sacada clandestinamente del Parque de Buenos Aires siendo don Luis Ceferino de la Torre el que proporcionó el dinero y los pertrechos, y el patriota capitán del paquete *Pepa,* don Gerónimo Sciurano (a) Chentopé, el conductor de ellos á manos de la señora Contusi.

En los primeros momentos de asegurado el plan el General Lavalleja designó para ponerse al frente de los confabulados al Coronel don Pablo Zufriategui, que debía trasladarse de incógnito á esta ciudad, pero en víspera de partir éste á llenar su cometido, se resolvió aplazar la sublevación preparada, hasta que las fuerzas del movimiento libertador no se hallasen sobre la capital para poderla apoyar.

Avisados los sargentos de esta resolución, mantuvieron sigilosamente el plan; pero el 7 de Mayo, 18 dias después de la invasión, en momentos de coronar la cumbre del Cerrito de la Victoria los patriotas, y de provocarse con ese motivo una salida de la plaza, algunas imprudencias cometidas por los sargentos confabulados, engendraron sospechas y determinaron medidas que hicieron abortar el plan, siendo presos algunos de los comprometidos, é ingresando en las filas de los patriotas, otros que pudieron escapar á la persecución que se les hizo.

Relatado este hecho al que no le han dado importancia nuestros croniqueros é historiadores, tomamos el hilo principal de la narración.

Los comisionados Lavalleja, Sierra y Freire, despues de haber llenado su cometido regresaron á Bnenos Aires.

La empresa estaba resuelta: había encontrado eco en los bnenos hijos de la Patria esclavizada, y se puso en acción.

Esos mismos comisionados partieron los primeros, conduciendo el armamento y municiones recolectados — su destino era la isla denominada de Brazo Largo, frente á la Agraciada, punto determinado para la reunion de los expedicionarios.

Llegados allí sin contratiempo alguno, trataron de comunicar con Gomez y Arenas para acordar el día de la invasión y así lo hicieron: pero ese día combinado con el General Lavalleja, debido á contrariedades atmosféricas, fuertes vientos y agitadas mareas, pasó con mucho sin que los libertadores que habían salido el 9 de Abril en dos lanchones, de la costa de San Isidro, pudiesen arribar á su destino, teniendo que permanecer 8 dias guarecidos entre los canales é islas de la costa argentina.

Durante este lapso, Gomez se hizo sospechoso por su reunión de caballadas sobre la costa y tuvo que fugar para Entre-Rios, de donde inmediatamente pasó á Buenos Aires á saber el resultado de la empresa; y Arenas, herido en la comisión de perseguir algunos matreros, tuvo que hacer cama inutilizado.

El 18 á prima noche llegó la pequeña hueste patriota á la isla de Brazo Largo, y unida allí con sus fieles comisionados, antes de rayar el alba memorable del 19, muniéndose cada uno de los héroes, de doble armamento y de algunos lios de este preparados para cargueros, y dejando el resto de los pertrechos, ocultos en los matorrales de la isla (el que fué más tarde tomado por la escuadra brasilera), pisaron la costa que desde entonces lleva el nombre de *Arenal Grande*, denominación del punto inmediato en que el General Lavalleja fechó su comunicación, aviso de feliz llegada al patriota don Pedro Trápani, Presidente del Comité que á su partida había dejado constituido en Buenos Aires.

Emocionado el jefe de la cruzada no menos que sus compañeros al sentar sus plantas en el suelo de la Patria, doblando la rodilla y desplegando las dos tricolores banderas, enseña redentora en la que latía la mano del patriota don Luís Ceferino de la Torre que personalmente las había confeccionado, juraron el lema de libertad ó muerte que esos estandartes ostentaban en su centro, y solos, pues parecía que la

Providencia les había negado su protección y sus auxilios, resolvieron dar cima á la obra.

El elemento caballos, era el más supremo en esos momentos y con el objeto de conseguir siquiera un par de ellos para poderse hacer de los extrictamente necesarios en las cercanías, se internaron en el monte inmediato don Manuel Lavalleja y el vaqueano don Andrés Cheveste, quienes habiendo contratado el *mancarrón* de un leñador y montado en él, se hicieron bien pronto de otros seis caballos, que condujeron al improvisado campamento y en los cuales salieron inmediatamente en comisión, el coronel don Atanasio Sierra y seis soldados.

Con cincuenta y seis caballos proporcionados por los hermanos Ruiz, estancieros inmediatos y cuñados de don Tomás Gómez, iniciados en el secreto de la empresa patriótica, por su hermana, después de la fuga obligada de aquel, regresó la partida.

Ya conseguido el movimiento de movilidad, se montaron y desprendieron partidas descubridoras, y en la noche de ese día emprendió la marcha la pequeña hueste.

Los descubridores habían regresado con la noticia de que en la costa de San Salvador, con una pequeña fuerza, se hallaban el coronel don Julián Laguna y el capitán don Servando Gómez, orientales al servicio del Brasil.

La marcha llevó la dirección del punto que ocupaban aquellos enemigos, obteniendo en el tránsito los libertadores, 17 resueltos *paisanos*, que con el pobre armamento, armaron é incorporaron á sus filas.

El 23 estando la patriótica empresa con cincuenta decididos campeones y hallándose sobre las fuerzas de Laguna que constaba de 80 hombres, desprende el General Lavalleja un parlamento que fué mal recibido, y acto contínuo, llevándole la carga lo derrotó completamente, haciéndole en su triunfo algunos prisioneros, que hijos de la tierra se afilian con entusiasmo á la Cruzada.

Despues de esa jornada y contando ya con un centenar de hombres, los libertadores se dirijen al centro del país y en dirección al Perdido, dividiéndose la exigua fuerza en dos grupos — uno al mando de don Manuel Lavalleja hácia la costa del Río Negro, y el otro con el General á la cabeza, hácia la barra del Perdido, paso de la Tranquera.

En este punto fueron tomados dos descubridores de las fuerzas enemigas que mandaba el Mayor don Isaac Calderón, quienes declararon que habían sido enviados á descubrir á Lavalleja, pues ya la noticia de la invasión había cundido, debiendo regresar á Porongos donde estaba su regimiento «Dragones Orientales»

Inmediato al paso de la Tranquera se hallaba la estancia del señor Breques, antiguo amigo del General Lavalleja y hallándose allí éste, con motivo de solicitar auxilio de carne para su gente, llegó á ella á mudar caballo, un chasque del General Rivera dirigido á Calderón, portador de comunicaciones, en las cuales le ordenaba aquél á éste su incorporación en las cabeceras del Perdido, donde lo esperaba para operar contra el invasor, del cual le pedía noticias.

Apresado el chasque por el mismo Lavalleja en persona, quien le obligó á entregar sus armas y comunicaciones, declaró que el general Rivera con 80 hombres quedaba en la estancia de don Cayetano Olivera, 6 leguas de allí.

El General don Fructuoso Rivera, Brigadier y Comandante General de campaña al servicio del Brasil había salido de Montevideo con sus ayudantes don Augusto Possolo, hoy General, y don Leonardo Olivera, y una escolta de 25 ó 30 hombres naturales del país, á las órdenes del capitán Varela, y hallándose en la Colonia recibió un chasque del Barón de la Laguna Generalísimo de las fuerzas brasileras en la Banda Oriental, avisándole que Lavalleja con algunos hombres había salido de Buenos Aires con destino hóstil, á las costas del Uruguay, y ordenándole que procediese á su persecución y aprehensión.

Con este motivo, aumentando su escolta el General Rivera, en la Colonia le ordenó á Calderon su incorporación, objeto que llevaba el chasque tomado por Lavalleja.

Por esta circunstancia, conocida del Jefe de la cruzada, la situación del General Rivera, marchó esa noche, y al amanecer del dia siguiente (29), cercó la estancia de Olivera, tomando en ella al vaqueano principal de aquel Jefe, que había pernoctado allí.

Este vaqueano de nombre Paez, oriental, había sido soldado de Lavalleja en la guerra sostenida por Artigas, y una vez que reconoció á su antiguo jefe, lo impuso de la situación del General Rivera, á quien había dejado dos leguas distante de ese punto el día anterior, ofreciéndose á conducirlo con todo sigilo hasta el campamento enemigo y prometiéndole á la vez, como fielmente lo cumplió, cuando estuviese próximo el encnentro, adelantarse y comunicarle á Rivera, que la fuerza que se aproximaba era la del Mayor Calderon.

Puesto en ejecución el ardid, dió el resultado apetecido.

El ayudante Olivera asi que recibió el parte de Paez estando de servicio en el campo del Generel Rivera se lo mandó comunicar á éste, dirigiéndose en persona, en el entretanto, al en-

cuentro del pretendido Calderon. Una vez en el campo enemigo reconoció su error; quedando prisionero.

Así que recibió el General Rivera el aviso de que llegaba Calderón y divisó la fuerza que se aproximaba, montó á caballo con su asistente el negro Yuca.

El General Lavalleja lo reconoció en el acto y notando que llevaba dirección á la columna, desprendió por los flancos á don Manuel Oribe, don Manuel Lavalleja, don Atanasio Sierra y algunos individuos de tropa, con el objeto de que, si apercibido Rivera del engaño trataba de huir, lo persiguiesen y capturasen.

Lejos estaba este General de imaginarse lo que pasaba; así es que se engolfó en las fuerzas libertadoras y rodeado por ellas, al apercibirse de la realidad de las cosas, tuvo que entregarse sin la más leve resistencia, á discreción.

Prisionero por esa estratajema, pidió y obtuvo una conferencia con el general Lavalleja, de la cual resultó que aunque enemigos aparentes, ambos laboreaban con el mismo fin, habiéndose adelantado aquél á éste en la empresa.

Inmediatamente el General Rivera por medio de su Ayudante Olivera, mandó que su fuerza marchase á pié á formar sobre la costa del arroyo y que se presentasen en el campo de los patriotas, bajo el pretexto siempre de ser el de Calderón, los oficiales del cuerpo.

Practicada la operación é incorporada bajo la misma bandera redentora la fuerza hasta entonces enemiga, compuesta en su mayor parte de orientales y formadas ambas en un solo rango, fué dado á reconocer el General Rivera como segundo jefe de la empresa libertadora y los ayudantes don José Augusto Possolo y don Leonardo Olivera, así como los demás oficiales, en sus rangos y destinos, impartiéndose órdenes por el General Rivera á distintas fuerzas diseminadas y al mayor Calderón, para que se le incorporasen inmediatamente.

Realizado así el hecho á que indudablemente debió la colosal empresa su feliz realización, Rivera desplegó todo su amor á la Patria, poniendo en juego su actividad y su sagacidad especiales.

A partir de ese momento, las operaciones de los libertadores participaron de la naturaleza del nuevo adalid — esa misma noche se marchó sobre el pueblo de San José en donde á la sazón se hallaba el coronel brasilero Borbas con su rejimiento de Paulistas compuesto de 200 plazas, despachando el General Rivera, próxima ya la columna al Paso del Rey, á uno de sus ayudantes, con orden escrita á Borbas, de que al oscurecer ese día, que era el siguiente del de la marcha, se hallase con su fuerza sobre el referido Paso del del Rey, donde lo esperaba.

La columna libertadora acampó á las 5 de la tarde en un potrero

inmediato al lugar de la cita, y Rivera con sus ayudantes se trasladó al Paso.

Al cerrar la noche, llegó Borbas con su fuerza, la que se mandó campar en un potrero contiguo al en que estaban ya las de la Patria, dándose orden de que soltasen los caballos.

Invitado Borbas y su oficialidad á pasar donde se hallaba el General Rivera, lo hicieron inmediatamente.

Dado el aviso al general Lavalleja de esta operación y dispuesto todo de antemano para ella, sorprendido en esa actitud el regimiento y su jefe y oficiales, se les intimó la rendición á la tropa por el general Lavalleja y su fuerza en actitud de combate, y al jefe y oficiales por el General Rivera en persona, — rendición que se obtuvo sin el disparo de un solo tiro, quedando todos prisioneros.

Al clarear el siguiente día llegaba al lugar del suceso el Capitán Juan Borbas, hijo del Coronel ya prisionero con 20 soldados y los bagajes del Regimiento, y notando en él alguna gente desconocida, trató de ponerse en guardia, pero fué en el acto atacado y perseguido, muriendo dos soldados y cayendo prisionera toda la partida.

Pocas horas después llegaba al campo de tan feliz resultado el Mayor Calderón con su regimiento de Dragones Orientales.

Con esta fuerza, en la que el General Rivera tenía prestigio y confianza, no hubo que hacer esfuerzo alguno. El regimiento Dragones Orientales, consecuente con su nombre, formó entusiasta en las filas de los libertadores.

Como á las 8 de la mañana el pequeño ejército de la Patria marchó sobre el pueblo de San José adelantando el general Lavalleja á don Manuel Lavalleja y á don Atanasio Sierra con algunos individuos de tropa, con el objeto de tomar algunos soldados de Borbas que habían quedado rezagados en la población.

Esa noche, el Mayor Calderon que había entrado de mal grado en el nuevo órden de cosas, trató de reaccionar, haciendo una contrarevolución, pero avisado Rivera por los mismos con quien él contaba lo subordinó y sometió á la situación.

Por mucho que fuese el sigilo de estas operaciones ellas llegaron al conocimiento de algunas fuerzas enemigas y determinaron la concentración de éstas á la capital.

Asi procedieron el segundo rigimiento de Paulistas, comandado por el coronel Pintos y los destacamentos todos situados entre Montevideo y Canelones.

De San José la hueste patriota marchó sobre la capital, recibienc en su tránsito el contingente de hombres y dineros, del patriotism que avisado de la empresa por el pavor que ella había producio entre los usurpadores, corría presuroso á ofrecerle su brazo, su haciendas y su vida.

El 7 de Mayo, 18 días de efectuada la invasión, la Patria Oriental representada por un puñado de sus buenos hijos clavaba en el Cerrito de la Victoria el lábaro tricolor—la enseña de su redención.

Desde ese punto culminante se distribuyeron partidas y comisiones, se nombraron comandantes generales para los departamentos, obteniendo entre estos el de Maldonado, el ayudante del General Rivera don Leonardo Olivera.

El General Lavalleja estableció el cuartel general sobre la costa de Santa Lucía Chico, dejando al frente de Montevideo al comandante Calderón, y como segundo de éste, á don Manuel Oribe con 200 hombres de tropa.

En el Durazno costa del Yí, se situó el General Rivera con el objeto de reunir sus innumerables parciales.

Don Pablo Zufriategui fué nombrado jefe del Estado Mayor, y don Gobriel Velazco jefe del detall é instructor de las fuerzas que se reunían y organizaban en el campamento general.

Se dispuso la organización de un batallón de infanteria de línea en el pueblo de la Florida, dándosele el comando al antiguo coronel D. Felipe Duarte.

Ese batallón compuesto en su mayor parte de negros se denominó *Libertos Orientales* y fué mas tarde con el coronel don Eugenio Garzón á la cabeza, el 3.º de linea, que tuvo el ejéreito nacional en la memorable batalla de Ituzaingó.

A la actividad desplegada en la campaña, respondía la actividad desplegada en el Comité de Buenos Aires y sin cuyo auxilio, las penurias de los patriotas en acción, habrian inutilizado en gran parte sus heróicos esfuerzos.

Bajo la dirección del digno ciudadano don Pedro Trápani, presidente de ese núcleo de recursos se habían obrado arriesgadas expediciones, conductoras de armamentos, municiones y dinero.

Recordamos la de la goleta *Libertad del Sud*, salida furtivamente de Buenos Aires, en la cual llegaron al Buceo, con porción de esos materiales, los ciudadanos don Román Acha, don Atanasio Lapido, don Esteban Donado, don Felipe Maturana, don Gregorio Pérez, don Francisco Villagrán, don Rosendo Velazco, don Bonifacio Vidal y otros patriotas no menos meritorios.

El espíritu de la reacción y el entusiasmo del patriotismo palpitaban en todos los ámbitos de la Provincia sojuzgada; y el pavor de ese incendio, había hecho prevenidos y cautelosos á los usurpadores.

Bajo las medidas presivas que tal estado de cosas les sujería, fueron presos y confinados en el bergatín de guerra *Pirajá*, los ciudadanos don Juan Francisco Giró, don Juan Benito Blanco, don Lo-

renzo Justiniano Pérez, don Ramón Massini, don Francisco Solano Antuña, don José Alvarez y varios otros.

Un incidente en el sitio de Montevideo, determinó por segunda vez la mala fé del mayor Calderon, jefe superior de las fuerzas que lo mantenian.

En los continuos combates que tenian que sostener con las fuerzas de la plaza que protejían el forraje, comprometió un día don Manuel Oribe las fuerzas de avanzada, siendo en ese tránsito abandonado por Calderón, que se mantuvo frio espectador del suceso.

Este hecho hizo sospechar á Oribe de una traición, y una mujer tomada en momento de salvar la linea de sitio, reveló, entregando las comunicaciones que llevaba, el objeto de sus casi diarios viajes á la ciudad.

El mayor Calderon estaba de acuerdo con el enemigo. Don Manuel Oribe cargando con toda responsabilidad del hecho, ante la realidad de las cosas, aprehendió al traidor y lo remitió con el cuerpo del delito al cuartel general.

Alguuos de los cómplices de ese malvado, consiguieron guarecerse en la ciudad. Calderón no era oriental, era cordobés — corresponde hacer esta salvedad al consignar su crímen.

En las reuniones y organización de las fuerzas con que debia llevarse á término definitivo la lucha, se pasó el resto del mes de Mayo y todo Junio.

Durante ese tiempo, las partidas de los patriotas abarcaban todo el territorio, llegando hasta rayar con el Imperio.

Don Ignacio Oribe en las fronteras del Cerro Largo, como Queirós sobre la Colonia del Sacramento, tenían en jaque las fuerzas enemigas, haciendo innumerables prosélitos en esa valiente actitud.

A fines de Junio llegaron á Montevideo por mar, elementos de hombres y de pertrechos para los usurpadores — entre estos, batallones de Granaderos y Cazadores del Emperador, al mismo tiempo que una fuerte columna de caballería de 2,000 hombres, al mando del general Abreu, entraba por la frontera terrestre y cruzando toda la Provincia Oriental, acampaba en Dacá, Departamento de Soriano, no sin ser hostilizada por las partidas patriotas que ocupaban el tránsito y por la división del General Rivera, compuesta de 300 á 400 hombres, que inmediatamente se movió sobre ella.

Ante estos elementos compactos, la guerra de recursos en todas sus múltiples faces, fué el plan general de los patriotas.

Una noche el pueblo de Mercedes fué avanzado por fuerzas del General Rivera al mando del valiente Capitan Caballero, y tomáronse en él prisionero en un baile, entre otros oficiales, los hijos del general Abreu.

Este hecho determinó el movimiento de la fuerza enemiga,

acampada en Decá, desprendiendo de ella el general Abreu 1.500 hombres sobre Rivera.

El plan del enemigo era batir por sorpresa la fuerza de este General, que á la sazon se hallaba un tanto desprevenida; pero este caudillo patriota, á quien nunca le faltaban recursos de imaginación para salir de los trances mas apurados, ya en fuertes guerrillas la vanguardia enemiga con sus guardias avanzadas, envió de parlamento al mayor Possolo y consiguió pactar una suspensión de hostilidades por 24 horas, dentro de las cuales podia el general brasilero enviar á sus hijos prisioneros, sus equipajes, etc., retirándose en el entretanto la columna enemiga á su campo, el General Rivera con su fuerza á una regular distancia del campamento que tenía.

Al dia siguiente, estando aún dentro de las horas de la suspensión de hostilidades, fué muerto un centinela de los patriotas por un oficial brasilero, que aproximándose al campo en razón de aquellas condiciones, logró impunemente su intento.

A consecuencia de este hecho felón y como legítima represalia, el General Rivera hizo prisionero al coronel don José Rodríguez Barbosa, que había venido al campo con el objeto aparente, probablemente, de visitar á los hijos del General Abreu.

Inmediatamente de dado ese suceso, la fuerza de la Patria se dirijió á Maciel en donde acampó, enviando de allí al Durazno los prisioneros que tenía.

A la vez que se daban estas operaciones, el General Lavalleja organizaba desde su campo la marcha de la revolución enviando en comisión á Buenos Aires al ciudadano don Ramon Acha, para que activase los recursos encomendados al Comité, de que era Presidente como lo hemos dicho mas antes, el patriota don Pedro Trápani, y convocando á los Departamentos de la Provincia á la elección de un representante por cada uno, á fin de formar el Gobierno Provisorio.

Esta resolución que acusaba un exquisito tacto político, dió sus resultados satisfactorios, y el 14 de Junio inmediato se reunieron en la villa de la Florida, los señores don Francisco Joaquín Muñoz, enviado por el Departamento de Maldonado, don Loreto Gomensoro, por el de Canelones, don Manuel Durán, por el de San José, don Manuel Calleros, por el de la Colonia y don Juan José Vázquez, por el de Soriano — no concurriendo al acto don Juan Pablo Laguna, investido con la representación del Departamento del Durazno; — los cuales después de presentar sus respectivos poderes y de hacer la elección de su Presidente, que recayó en el patriota y respetable anciano don Manuel Calleros, fueron proclamados por jefe de la Cruzada en posesión de sus cargos, dándosele al

cuerpo que formaban, el título y las facultades de Gobierno Provisorio.

En ese acto solemne, Lavalleja dió cuenta del estado en que se hallaba la Provincia, reseñando á grandes rasgos la manera como se había producido el movimiento redentor, sus peripecias y demás circunstancias que lo habían traido á la situación próspera y felíz en que se hallaba.

Acto continuo el Gobierno Provisorio, por medio de un decreto refrendó el carácter de General en Jefe de las fuerzas de la Pátria, que los acontecimientos y la opinión le habían dado al Jefe de los Treinta y Tres, nombrando al General don Fructuoso Rivera, en justa retribución á su importante contingente y marcados servicios, Inspector General de Armas.

Seguidamente envió en comisión cerca del Gobierno de Buenos Aires, en carácter especial y reservado, á los miembros de su seno, don Francisco Joaquín Muñoz y don Loreto Gomensoro, é incorporado días después en representación del Departamento del Durazno y en reemplazo de don Juan Pablo Laguna, el ciudadano don Gabriel Antonio Pereyra, mandó proceder á la elección de Diputados para la Sala de Representantes, que instalada poco tiempo después, hizo la solemne y valiente declaración de 25 de Agosto, proclamando IRRITOS, NULOS Y DE NINGÚN VALOR LOS ACTOS DE INCORPORACIÓN AL PORTUGAL Y BRASIL, y nombró en esa sesión memorable, Gobernador Propietario de la Provincia al General Lavalleja, quien prestó inmediatamente juramento de desempeñar fielmente el delicado cargo.

Realizados estos actos, la Sala, haciendo uso de los poderes que le habian sido conferidos, después de declarar reincorporada la Provincia Oriental á la Nación Argentina, nombró los Representantes al Congreso General de aquella, recayendo este nombramiento en los señores don José Vidal y Pbtro. Gomensoro.

Estos patriotas, recibido que hubieron su cometido, marcharon á Buenos Aires, en donde el Gobierno General de las Provincias Unidas del Río de la Plata demoró su reconocimiento, por temor á comprometerse con el Gobierno Brasilero, hasta que la acción del Sarandí le aseguró el dominio del espíritu decidido y triunfante de la opinión de los orientales en favor de su cara Patria.

A mediado del mes de Julio, el comandante Queirós que con fuerzas de la Patria sitiaba la Colonia, traicionando la confianza que la revolución había depositado en sus manos, se pasó al enemigo.

Llegaba en esos momentos á las inmediaciones de esa ciudad, contando con el auxilio del jefe sitiador, y conduciendo de Buenos Aires en una ballenera, equipo, armamento y dineros, el ciu-

dadano don Luis Ceferino de la Torre, quien avisado de lo ocurrido por una pobre paisana que á la sazon se hallaba en la costa á que dió acceso la embarcación, pudo ocultar con gran peligro de su persona entre unos matorrales la expedición, partiendo en la noche acompañado por uno de los marineros de la ballenera, con dirección al Sauce, donde segun aviso estaban las fuerzas de la Patria.

Efectivamente, próximos, de la Torre y su compañero al lugar del destino, hallaron á la división de Maldonado, cuyo jefe el comandante Olivera, noticiado ya de la traición de Queirós, se dirigió á marchas forzadas sobre la Colonia á restablecer el sitio que había abandonado.

Al día siguiente el mencionado sitio se restablecía por medio de fuertes guerrillas que obligaron á los sitiados á encerrarse en sus reales, siendo herido levemente en una de ellas el comandante Olivera.

Al amparo de esta operación se salvaron los artículos que llevaba de la Torre, importantes en esos momentos, pues consistían como hemos dicho antes en armas, municiones, equipos y dineros.

Conocido el hecho de Queirós y la llegada de la Torre por el General Lavalleja, se transportó inmediatamente al lugar del suceso, llevando el escuadrón Húsares para reforzar el sitio de ese punto, indicado como el más aparente para las comunicaciones de los patriotas de Buenos Aires.

Hallándose el General en Jefe frente á la ciudad sitiada tuvo lugar un ligero combate, en el que una orden mal dada ó mal interpretada, llevó hasta los portones del recinto enemigo á los bravos patriotas, acción que si bien obtuvo resultados morales, les costó á los libres, vidas preciosas como la del Mayor Mariño, que era un valiente entre los valientes.

En ese combate los sables de los húsares se mellaron en los cráneos y en los cañones de los fusiles enemigos.

El General Lavalleja, después de llenado el objeto de su visita al campo sitiador, se retiró á su cuartel general.

Frente á Montevideo, cuyo sitio después de lo ocurrido con Calderón había quedado confiado á don Manuel Oribe, dábanse diariamente sucesos importantes.

A la sombra de contínuas escaramuzas y aún de sérios encuentros, las filas de la Pátria engrosaban por innumerables pasados de la plaza.

Relativamente muy débiles por el número los sitiadores, valíanse de estratagemas para mantener su posición, y en ese terreno el arrojo que desplegaban, rayaba en el heroismo.

Una noche se vinieron sobre los cuarteles y lograron llegar hasta las cuadras de uno de ellos. Tan temeraria acción, les costó entre otras pérdidas la del capitán don Manuel Lavalleja, el que herido en el ataque fué hecho prisionero.

A las operaciones del sitio sobre la Colonia y Montevideo, respondían las operaciones en campaña.

El General Rivera se hallaba sobre Mercedes hostilizando con resultados satisfactorios, los dos mil hombres del General Abreu, reducido por la acción inteligente del jefe de los patriotas, que sobre él tenia, á la más completa inacción.

Así pasó todo el mes de Agosto.

El 2 de Septiembre tuvieron lugar fuertes guerrillas entre las fuerzas de Rivera y de su adversario logrando en la noche pasar á retaguardia la división del acreditado coronel enemigo Bentos Manuel Riveiro, compuesta de 1.200 hombres, sin ser sentida.

Apercibido el General Rivera en la madrugada del siguiente día de esa operación, por parte que le envió el bravo capitán don Felipe Caballero, que estaba de jefe de las guardias de retaguardia, levantó su campo y siguió el rastro de esa fuerza, impartiendo aviso al General Lavalleja y las fuerzas destacadas en reuniones en la dirección que el enemigo llevaba, de lo ocurrido.

Todo ese día y la noche inmediata no pudo avistarse la división de Riveiro, pero al día siguiente como á las diez de la mañana fué descubierta acampada en la costa del Aguila y en momentos de ocuparse de la carneada.

El capitán Caballero fué el que la descubrió, y conservándose en observación de ella en paraje oculto, dió inmediatamente cuenta al General Rivera del acontecimiento.

La división enemiga permaneció en esa actitud hasta la una de la tarde, hora en que desprendieron del campo como 400 hombres.

Obrado el hecho, y notando Caballero al poco tiempo que el resto de la división ensillaba, la cargó con denuedo.

Trabado el desigual combate, nuestra pequeña fuerza tuvo que retirarse, pues la enemiga que se había retirado antes, volvió á trote y galope al lugar del suceso.

Incorporado el General Rivera, recibió órdenes Caballero de volver cara, y en esa actitud se sostuvo el combate, hasta que el número, pues este General contaba con 400 hombres y la fuerza del coronel Bentos Manuel Riveiro ascendía á 1.500, le hizo abandonar el campo con pérdidas sensibles, como la del mayor Mansilla, dos oficiales y diez y ocho soldados.

La persecución del enemigo tan ventajosa como lo era, n

consiguió el desbande de un solo hombre de los patriotas, que á los dos días campeaban en el Perdido tranquilamente.

Tal era la moral de los patriotas, su decisión, su empeño y su indomable valor.

Observada después de esa retirada la dirección de la columna enemiga, se supo que se dirigía á Montevideo, y fué de ello noticiado inmediatamente el General Lavalleja, quien á la sasón se hallaba á inmediaciones de la Colonia, despachando chasques con el mismo aviso en el trayecto que debía recorrer aquella fuerza, con orden de replegarse todos los destacamentos y partidas de la Florida.

Con este motivo se dejó al frente de la Colonia con una pequeña fuerza volante al comandante don Juan Arenas, replegándose á aquel punto el General Lavalleja con la división de Maldonado, los Húsares y otros destacamentos y partidas diseminadas en toda esa extensión.

El día 7 se hallaban las fuerzas patriotas en el lugar de la cita, cuando recibieron el aviso dado por el capitán Caballero destacado sobre el enemigo, de que vadeaba el Santa Lucia.

Ya no era posible darle alcance, y en consecuencia se le dejó seguir su itinerario, que fué el de encerrarse en la plaza.

Revistada con ese motivo la fuerza patriota que se había reunido en número de 2.500 hombres y esperada la llega del General Rivera para combinar operaciones, se destacaron á los dos hermanos Oribe sobre Montevideo, á fin de tener en aviso los movimientos de la plaza.

Llegado el General Rivera al campo, convino con el General Lavalleja una operación de sorpresa sobre el general Abreu, que había quedado en Mercedes con 800 hombres.

Con este motivo se agregaron á la división del General Rivera 400 hombres al mando del Coronel don Andrés Latorre.

La columna expedicionaria marchó á la operación resuelta, el 15 de Septiembre.

Llegada al Perdido, el General Rivera convocó una junta de guerra, á la que asistieron los coroneles Latorre, Planes, Laguna, D. Adrián Medina, Quinteros y el mayor Possolo.

En ella expuso el General el plan que acordado le había sido cometido á su dirección—que según sus vistas debia empezar á realizarse por arrebatarle al enemigo las caballadas, que á estar á noticias que tenia, se hallaban en el Rincón de las Gallinas, custodiadas por algunos piquetes relativamente de poca suposición, con la protección, caso de que pudiese solicitarla, río por medio pues el general Abreu, se hallaba siempre con el grueso de sus fuerzas en Mercedes.

Aprobada la opinión del General Rivera, tomó éste sobre si realizar el golpe de mano, disponiendo para el efecto 250 hombres y cometiéndole al coronel Latorre el mando de las demás fuerzas con la orden de presentarse sobre el general Abreu, á fin de llamarle la atención.

El 19 se dividieron las expediciones, y el 24 el General Rivera sorprendiendo y acuchillando la custodia de las caballadas en el Rincón, se apoderaba de éstas, tomando 18 prisioneros después de hacer en la fuerza enemiga, bajas considerables.

Logrado el objeto de esa expedición, en la parte considerada como inmediata, el General Rivera hizo entrar á reconocer todo el Rincón por comisiones destacadas al efecto, y avisado pocos momentos después de que una fuerte división enemiga abocaba su entrada, reconcentrando el personal de que se disponía se dispuso á batirla.

Esa fuerza era la del coronel Jardín que ignorante de lo que ocurría en aquel lugar, buscaba la incorporación del general Abreu.—Componíanla 800 hombres más ó menos, al mando de ese jefe, que llevaba como inmediato al coronel don José Luis Mena Barreto.

En dos columnas entró el enemigo al Rincón y fué sorprendido sable en mano y con toque de á la carga por la débil fuerza patriota que lo desorientó completamente.

Recibido así y así desorganizada la primera de las columnas que mandaba el coronel Mena Barreto, quien murió en el choque, la segunda formó cuadro con tercerola en mano.

Los patrictas no se hicieron esperar, y despreciando esa actitud, le llevaron la carga que no resistieron los rangos riograndenses pronunciándose en sus filas el pavor y la derrota.

De toda esa fuerza inmensamente superior á la de la patria, sólo un escuadrón, el que mandaba el capitán Cité, salió hecho, y habiendo tratado de flanquear al vencedor, fué rechazado y puesto en fuga.

La jornada fué completa para los libertadores. El número de prisioneros hecho en ella era muy superior al de la fuerza que los había tomado y los custodiaba; sólo el coronel Jardín y como treinta hombres más ó menos lograron escaparse,—700 hombres, entre ellos el coronel Mena Barreto, entre muertos, heridos y prisioneros, eran los trofeos de ese singular combate.

La situación del General Rivera era excepcionalísima, inmediato, como estaba, á una fuerza respetable que podía de un momento á otro aparecérsele, y sin elementos disponibles para la lucha; pues custodiaba en su campo á más de 500 prisioneros.

El triunfo obtenido podía convertirse de un momento á otro en desastrosa derrota.

Su fecundísima imaginación en breves minutos le dió la clave de la situación. Llamó al mayor Possolo y lo envió de parlamento al campo del mariscal Abreu, proponiéndole en nombre de la humanidad una suspensión de hostilidades, con el objeto de dar sepultura á los muertos y dejarle que recojiese sus heridos, ya estuviesen en el campo ó prisioneros en las filas de los patriotas.

El parlamento fué bien recibido, decretándose la suspensión de hostilidades por 24 horas.

Como ella fuese sin condiciones de inmovilidad, el General Rivera la aprovechó para retirarse y pasar el Río Negro con toda su fuerza, los prisioneros, armamento y municiones de estos en cargueros, 8.000 caballos tomados é incorporados á la división Latorre, comunicando lo ocurrido al General Lavalleja y dirigiéndose al Durazno, á donde llegó á los pocos días con los prisioneros y pertrechos.

Coincidían estas operaciones con la entrada de una nueva columna por la frontera terrestre al territorio oriental—era esta la división de caballería á las órdenes del coronel Bentos Gonzales da Silva con dirección á Montevideo y con el plan del general Lecor, así que recibió la incorporación de la columna de Riveiro de abrir campaña con un verdadero ejército de las tres armas que debían engrosar los 800 hombres de Abreu y los que conducía el coronel Silva.

Recibida por el expedicionario antes de abrir la campaña la noticia del desastre de Jardín en el Rincón de las Gallinas, modifica su plan y resuelve marchar sobre Lavalleja, á quien creía en Mercedes destacando al coronel Bentos Riveiro, con toda la caballería disponible en la plaza, en busca de la incorporación de Bentos Gonzálcz con órdenes de atacar al jefe de la revolución, privando su incorporación al General Rivera.

El General Lavalleja tenía su campo en Santa Lucía y no en Mercedes como lo suponía el enemigo y la columna de Bentos Manuel Riveiro sentida desde los primeros momentos, fué observada por los dos Oribe.

El General Lavalleja marchó inmediatamente sobre el arroyo de la Cruz, ordenándole al General Rivera con noticias de lo que ocurría, su incorporación en ese punto.

El coronel Bentos Manuel Riveiro obrando con celeridad y acierto, logró incorporarse á Bentos Manuel González, formando ambos una columna de 3.000 hombres, marcharon sobre Lavalleja, cuyo paradero ó campo había sido descubierto.

Apercibido de ello por sus avanzadas el jefe de la Cruzada,

marchó el 11 al ponerse el sol con dirección al Sarandí, donde con avisos suponía al General Rivera y á los Oribe. En la noche se hallaron las dos columnas de la revolución, y siguieron su marcha al Sarandí, punto elegido por el general en jefe para esperar al enemigo.

Al amanecer del día 12, día que ha pasado á nuestros fastos con su verdadero esplendor, los enemigos que habían operado con actividad, se hallaban arroyo por medio con los libertadores.

La suerte de la Patria Oriental debía jugarse allí por primera vez—así lo habían resuelto sus próceres.

2.500 hombres contaban los libertadores y 3.000 los usurpadores—ambas fuerzas eran de caballería, inferiores las de aquellos en armas de fuego, pero superiores indudablemente en decisión.

Avistadas unas y otras y midiéndose de hito en hito, mudaron caballos y se aprestaron á la lucha.

Los patriotas formaron su línea en una extensa cuchilla con el General Rivera y sus fuerzas á la derecha, el coronel don Pablo Zufriategui y la suya á la izquierda y al centro el coronel don Manuel Oribe.

El General Lavalleja con su estado Mayor, se colocó al frente de la formación, después de haber recorrido la línea y arengado á la decidida legión.

El enemigo traía el ataque, sus escuadrones de tiradores ocupaban el primer rango, y al chocar con las guerrillas de la Pátria al mando del valiente comandante Osorio, que cumpliendo las órdenes que tenía, se replegó con orden sobre la línea; la voz de mando solemne en esos momentos, del General Lavalleja, de sable en mano y carabina á la espalda, que acompañó la del clarín, de á la carga, produjo el encuentro más decidido y más valiente que registran nuestros anales guerreros.

Los soldados de la Libertad, recibieron á quemaropa el fuego de los tiradores, y entraron en las filas enemigas diezmándolas con sus sables. El triunfo de aquellos como la completa derrota de estos no se hizo esperar, y la persecución del enemigo en un espacio de más de dos leguas, le entregó á los libertadores, rendidas sus armas, todo el regimiento de Río Pardo, compuesto de 400 plazas con su jefe el coronel Alencastre y porción de oficiales y tropa de otros cuerpos, siendo el resultado total de esa jornada, por parte del enemigo, 800 muertos, 200 heridos y más de mil doscientos prisioneros, contándose entre estos 80 y tantos jefes y oficiales, pues en la persecución que se hizo cayeron prisioneros destacamentos y partidas que no se habían hallado en la acción.

Los jefes Bentos Manuel, Bentos González, Calderón y otros

con 300 hombres de tropa que se hallaban bien montados, lograron escapar, pasando el Yí en la balsa que inutilizaron en seguida para la persecución que se les hacía.

La pérdida de los patriotas no excedió de un centenar de muertos y otros tantos heridos.

Debemos aquí relatar un incidente que realza la decisión de los orientales.

Después del triunfo en el Rincón de las Gallinas expléndido y casi decisivo por el momento, el número de prisioneros que tenía el Ejército Libertador era en extremo crecido y ello preocupaba seriamente á su general en jefe, pues tenía que distraer de las operaciones que la situación le reclamaba, una parte considerable de sus fuerzas en la guarnición del Durazno, que era donde custodiaban esos prisioneros.

Con este motivo creyendo el gran patriota que la neutralidad argentina en la lucha en que se hallaba empeñado el pueblo oriental era solo aparente y que el ejército de observación que ese Gobierno había organizado y situado en la costa occidental del Uruguay, á las órdenes del general don Martin Rodriguez, podría clandestinamente favorecerlo, envió con el objeto de conferenciar con él á su respecto, á los ciudadanos don Atanasio Lapido y don Gabriel Antonio Pereyra, el primero en caracter de comisionado y el segundo en el de secretario de esa misión.

Las instrucciones dadas á Lapido, versaban especialmente sobre el envío de los prisioneros hechos por la revolución á territorio de Entre-Rios, casi desierto entonces, en donde con sigilo podían ser guardados, dejando por ese medio á todo el personal de los patriotas en la plenitud de las operaciones que debían abrir.

La pasada de los Treinta y Tres no había respondido, y eso lo sabía el Gobierno argentino, por explicaciones que se le habían dado, al propósito de hacer de la Banda Oriental un Estado libre é independiente, sino la entidad componente de las Provincias Unidas del Río de la Plata; cuerpo político á que había pertenecido desde su emancipación del Poder de España y al que era su voluntad seguir perteneciendo.

Bajo tales auspicios la confianza en el éxito de la misión, era legítimamente una realidad.

Ella, sin embargo no se realizó.

El general Rodríguez oyó el mensaje con cariño y contestó al ciudadano Lapido en los siguientes términos:

« Dígale Vd. á su jefe, que simpatizo altamente con el movimiento de los orientales, y los ayudaría en su heróica empresa de todas veras, pero que tengo órdenes de mi gobierno de observar

á su respecto la más estricta neutralidad. Dígale Vd. al valiente general Lavalleja, que haga esfuerzos por ser felíz, pues si fracasase la heróica empresa que ha abordado, tendría que remitir á Buenos Aires, bajo segura custodia, á los que buscasen un amparo en estas costas.»

Lapido regresó de su misión dos días antes de la batalla del Sarandí.

La justicia de la causa triunfó sola, absolutamente sola, en ese campo de batalla, desigual en número, y la lealtad de los que primero habían cruzado sus armas en el movimiento de Mayo, fieles al programa de la emancipación de América, llevaron la noticia y con ella la obediencia á los preceptos y resoluciones de la Nación, al Gobierno General de ésta que los había tratado como á hijos espúreos, abandonándolos á sus débiles fuerzas en pago de tantos y tantísimos sacrificios.

La noticia del triunfo de Sarandí, llevada oficialmente á Buenos Aires por el ciudadano don Luis Ceferino de la Torre y el Mayor don Gabriel Velazco actores en ese grandioso hecho de armas, produjo en aquella capital la explosión de la opinión y la resolución del gobierno general de ocupar el lugar que le correspondía en la conquista de la preciosa joya.

Antes de partir los mensajeros de esa felíz nueva, solicitaron y obtuvieron del General Lavalleja el perdon para los orientales que extraviados habían caído luchando en las filas de los usurpadores y que muchos de ellos, como ejemplo de justicia nacional, debían ser fusilados como traidores al frente de Montevideo.

De la Torre y Velazco se embarcaron en las Vacas é hicieron la travesía á la costa de Buenos Aires con su comitiva en dos malas canoas incapaces de atravesar el Uruguay, bajo la acción de la más ligera brisa, llegando con felicidad á San Fernando, de donde se trasladaron á la capital.

Como hemos dicho antes, el acontecimiento trajo la resolución por parte del Gobierno de las Provincias Unidas, de hacer suya la lucha y previa declaración de guerra provocada por la incorporación al Congreso Nacional de los diputados orientales, resolvió hacer pasar y ocupar el terreno de la contienda los elementos que debían darle vigor y resolverla en la nueva faz de los sucesos.

Hasta aquí la misión que le cupo al Pueblo Oriental entregado á si solo, rodeado de enemigos, unos por la violencia del ataque y otros por la exageración de la neutralidad, los cuales supo sin embargo vencer, edificando una nacionalidad, que tuvieron que pactar dos enemigos poderosos ante su sublime heroicidad.

Nómina de los Treinta y Tres Patriotas

D. Juan A. Lavalleja.
» Manuel Oribe.
» Pablo Zufriategui.
» Simón del Pino.
» Manuel Lavalleja.
» Jacinto Trápani.
» Manuel Freire.
» Gregorio Sanabria.
» Santiago Gadea.
» Basilio Araujo.
» Manuel Menéndez.
» Atanasio Sierra.
» Pantaleón Artigas.
» Juan Spikerman.
» Andrés Areguati.
» Celedonio Rojas.
» Avelino Miranda.

D. Agustín Velázquez.
» Andrés Spikerman.
» Ramón Ortíz.
» Juan Ortíz.
» Ignacio Núñez.
» Francisco Lavalleja.
» Carmelo Colmán.
» Santiago Nievas.
» Juan Rosas.
» Juan Acosta.
» Luciano Romero.
» Felipe Carapé.
» Andrés Cheveste.
» Joaquín Artigas.
» Dionisio Oribe.
» Ignacio Medina.

NOTA—Esta nómina es tomada de una de puño y letra de don Manuel Oribe, firmada por este y el general Lavalleja, que existe en poder del señor don Manuel Rovira.

Poseemos otra lista de los *Treinta y Tres Patriotas*, confeccionada por don Atanasio Spikerman y don Luis C. de lo Torre, de puño y letra de este último ciudadano, en la que no figura don Agustín Velázquez, hallándose en su lugar, don Tiburcio Gómez.

Gobierno Provisorio

D. Manuel Calleros, Diputado por el Departamento de la Colonia.

D. Manuel Durán, Diputado por el de San José.

D. Francisco J. Muñoz, Diputado por el Maldonado.

D. Loreto Gomensoro, Diputado por el de Canelones.

D. Juan José Vazquez, Diputado por el de Soriano.

D. Gabriel A. Pereyra, Diputado por el de Entre-Rios, Yi y Rio Negro.

D. Francisco Araucho, Secretario.

LEY

DECLARANDO INDEPENDIENTE Á LA PROVINCIA ORIENTAL

Florida, Agosto 25 de 1825.

La H. Sala de Representantes de la Provincia Oriental del Río de la Plata en uso de la soberanía ordinaria y extraordinaria que legalmente inviste, para constituir la existencia política de los pueblos que la componen, y establecer su independencia y felicidad satisfaciendo el constante, universal y decidido voto de sus representados: — después de consagrar á tan alto fin su más profunda consideración, — obedeciendo á la de su íntima conciencia, en el nombre y por la voluntad de ellos, sanciona con valor y fuerza de ley fundamental, lo siguiente:

1.º Declara írritos, nulos, disueltos y de ningún valor para siempre, todos los actos de incorporación, reconocimientos, aclamaciones y juramentos arrancados á los pueblos de la Provincia Oriental por la violencia de la fuerza unida á la perfidia de los intrusos poderes del Portugal y el Brasil que la han tiranizado, hollado y usurpado sus inalienables derechos y sujetándole al yugo de un absoluto despotismo desde el año 1817 hasta el presente de 1825. Y por cuando el Pueblo Oriental aborrece y detesta hasta el recuerdo de los documentos que comprenden tan ominosos actos, los majistrados civiles de los pueblos en cuyos archivos se hallan depositados aquellos, luego que reciban la presente disposición, concurrirán el primer día festivo en unión del párroco y vecindario y con asistencia del Escribano, Secretario ó quien haga sus veces, á la casa de Justicia, y antecedida la lectura de este Decreto se textará y borrará desde la primer línea hasta la última firma de dichos documentos, extendiendo en seguida un certificado que haga constar haberlo verificado, con el que deberá darse cuenta oportunamente al Gobierno de la Provincia.

2.º En consecuencia de la antecedente declaración, reasumiendo la Provincia Oriental la plenitud de los derechos, libertades y prerrogativas inherentes á los demás pueblos de la tierra, se declara de hecho y de derecho libre é independiente del Rey de Portugal, del Emperador del Brasil, y de cualquier otro del

universo, y con amplio y pleno poder para darse las formas que en uso y ejercicio de su soberanía estime convenientes.

Dado en la Sala de Sesiones de la Representación Provincial en la villa de San Fernando de la Florida, etc.—Juan Francisco de la Robla, Presidente, Diputado por el Departamento de Guadalupe.—Luis Eduardo Perez, Vice Presidente, Diputado por el Departamento de San José.—Juan José Vazquez, Diputado por el Departamento de San Salvador.—Joaquín Suarez, Diputado por el Departamento de la Florida.—Manuel Calleros, Diputado por el Departamento de Nuestra Señora de los Remedios.—Juan de Leon, Diputado por el Departamento de San Pedro.—Cárlos Anaya, Diputado por el Departamento de Maldonado.—Simón del Pino, diputado por el Departamento de San Juan Bautista.—Santiago Sierra, Diputado por el Departamento de las Piedras.—Atanasio Lapido, Diputado por el Departamento del Rosario. -Juan Tomás Nuñez, Diputado por el Departamento de las Vacas.—Gabriel Antonio Pereyra, Diputado por el Departamento de Víboras.—Feliz Alvarez Bengochea, *Secretario.*

LEY

INCORPORACIÓN Á LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RIO DE LA PLATA

La Honorable Sala de Representantes de la Provincia Oriental del Rio de la Plata, en virtud de la soberanía ordinaria y extraórdinaria que legalmente inviste para resolver y sancionar todo cuanto tienda á la felicidad de ella, declara:—que su voto general, constante, solemne y decidido, es y debe ser por la unidad con las demás Provincias Argentinas á que siempre perteneció por los vínculos mas sagrados que el mundo conoce:—Por tanto ha sancionado y decreta por ley fundamental, lo siguiente:

Queda la Provincia Oriental del Ric de la Plata unida á las demás de este nombre en el territorio de Sud América, por ser libre y expontánea voluntad, de los pueblos que la componen, manifestada con testimonios irrefragables y esfuerzos heróicos desde el primer período de la regeneración política de las Provincias.

Dado en la Sala de Sesiones de la Representación Provincial á 25 dias del mes de Agosto de 1825.—Juan Francisco Larrobla, Lúis Eduardo Perez, Juan José Vázquez, Joaquín Suárez, Manuel Calleros, Juan de León, Carlos Anaya, Simón del Pino, Santiago Sierra, Atanasio Lapido, Juan Tomás Núñez, Gabriel A. Pereyra, Mateo L. Cortés, Ignacio Barrios, Felipe Alvarez Bengochea, *Secretario.*

Parte de la Batalla del Sarandí

MANDADO POR EL SEÑOR GENERAL DON JUAN ANTONIO LAVALLEJA AL COMISIONADO DEL GOBIERNO ORIENTAL EN BUENOS AIRES

Ya no es posible que el déspota del Brasil espere de la esclavitud de esta Provincia el engrandecimiento de su imperio. Los orientales acaban de dar al mundo un testimonio indudable del aprecio en que estima su libertad. Dos mil soldados de caballería brasilera comandados por el coronel Bentos Manuel han sido completamente derrotados el día de ayer en la Costa del Sarandí por igual fuerza de estos valientes patriotas que tuve el honor de mandar. Aquella división tan orgullosa como su jefe, tuvo la audacia de presentarse en campo descubierto ignorando, sin duda, la bravura del ejército que insultaba.

Vernos y encontrarnos, fué obra del momento En una ni en otra línea no procedió otra maniobra que la carga y ella fué ciertamente la más formidable que puede imajinarse. Los enemigos dieron la suya á vivo fuego, el cual despreciaron los mios y á sable en mano y carabina á la espalda, segun mis ordenes, encontraron, arrollaron y sablearon persiguiéndolos más de dos leguas, hasta ponerlos en la fuga y dispersión más completa, siendo el resultado quedar en el campo de batalla de la fuerza enemiga más de cuatrocientos muertos, cuatrocientos setenta prisioneros de tropa y cincuenta y dos oficiales sin contar con los heridos que aun se están recogiendo y dispersos que ya se han encontrado y tomado en diferentes partes; más de dos mil armas de todas clases, diez cajones de municiones y todas las caballadas. Nuestra pérdida ha consistido en un oficial muerto, trece de la misma clase heridos, treinta soldados muertos y sesenta heridos. Los señores jefes y oficiales y tropa són muy dig-

nos del renombre de valientes. El bravo y benemérito Brigadier Inspector después de haberse desempeñado con la mayor bizarría en el todo de la acción corre sobre una fuerza pequeña que ha escapado del filo de nuestras espadas.

En primera ocasión detallaré circunstanciadamente esta memorable acción, pues ahora mis muchas atenciones no me lo permiten.

El Sargento Mayor encargado del Detall de este Ejército, conductor de éste, informará á Vd. de los otros pormenores que apetezca instruirse.

Dios guarde á Vd. muchos años.

Cuartel General en el Durazno, Octubre 13 de 1825.

JUAN ANTONIO LAVALLEJA.

Al señor Comisionado del Gobierno Oriental.

Es copia exacta del parte original.

Antonio Diaz.

Detalles de la batalla del Sarandí

Después de reunirse el 10 entre el segundo y tercer jefe de Mansevillagra las dos divisiones imperiales constantes la una de mil cuatrocientos hombres al mando del coronel Bentos Manuel y la otra de seiscientos al mando del Sargento Mayor Bentos González ámbas fuerzas de caballería escogida según se manifiesta en las comunicaciones dirigidas al citado coronel por el Vizconde de la Laguna que logró interceptar oportunamente encontrando en ella la órden de dicho General para que se persiguiese y concluyése con el ejército de mi mando antes que llegase el fuego de la revolución á la provincia de San Pedro: no dudé un instante en prepararme con la resolución de aprovechar la oportunidad que iba á presentarme aquella disposición del Vizconde dejándole bien arrepentido de su nécia confianza y con testimonios que en lo sucesivo le hiciese mirar con mas respeto y le enseñase á conocer los enemigos que tan fácilmente pretende concluir. Con este objeto permanecí aquel día sobre el arroyo de la Cruz disponiendo la división que se hallaba á mis inmediatas órdenes y comuni-

cando desde allí al señor Inspector don Fructuoso Rivera esperase mis avisos con la división á su mando que se hallaba acampada en la orqueta del Sarandí cuyo punto no debía abandonar para realizar la unión de ambos cuerpos en el momento necesario. Al Teniente Coronel don Manuel Oribe que con los escuadrones de Dragones Libertadores de su mando formaba la vanguardia de este ejército en observación del enemigo ordené replegase sobre mi campo ó al del señor Inspector en el caso que aquel emprendiese su marcha á una de aquellas direcciones avanzándose á distancia regular que también fuese posible su reunión á mi primer aviso. Al movimiento de la fuerza imperial de cuyas marchas inequívocas no podía asegurarse su verdadera dirección y en esta duda esperé otro parte que pudiera proporcionarme aquel conocimiento, para levantar mi campo.

En efecto, al anochecer repite el referido Comandante de vanguardia que el enemigo se dirigía á Castro; entonces ordené la reunión de aquella fuerza avanzada, y advertí al señor Inspector que en la noche debíamos incorporarnos en su campamento del Sarandí, en cuya costa juzgaba debía amanecer el enemigo, según el cálculo que pude formar de su movimiento y serían las dos de la mañana del día doce, cuando se incorporó el Comandante Oribe con la expresada fuerza de su mando, y continué mi marcha graduando el tiempo que restaba de noche, para estar reunido con el señor Inspector al aclarar el día, lo que pude conseguir antes de las cinco de la mañana.

En esta hora avisaron las partidas de descubierta que el enemigo se hallaba media legua de la parte opuesta del Sarandí, y enseguida se dejaron ver á menos distancia de nuestro ejército, que á la sazón mandaba caballos con la mayor presteza.

El enemigo se ocupaba en la misma maniobra, y antes de hora y media marcharon á encontrarse ambos ejércitos.

Calculé entonces ventajoso esperar al contrario en la costa que ocupaba para que quedando un gajo del expresado arroyo á retaguardia de aquel, sirviese de obstáculo á la retirada, pero evitaron el encuentro en aquel punto, y marcharon á despuntar el expresado gajo. Yo me dirijí entonces á su frente, mandé desplegar la batalla, que la formaron en costado derecho los escuadrones de húsares orientales, al mando de su Teniente Coronel Comandante don Gregorio Perez, y las Milicias de Canelones al de su Sargento Mayor don Simón del Pino. Centro, los escuadrones de Dragones Libertadores, al mando de su Comandante Teniente Coronel don Manuel Oribe, y una compañía de Dragones de la Unión, al mando del Capitán don Bernabé Rivera.—Costado izquierdo, el Regimiento de Dragones de

la Unión al mando de su Coronel don Andrés Latorre y Milicias de entre Yi y Rio Negro, al de la misma clase don Julián Laguna. -- Reserva, Milicias de Maldonado al mando de su Coronel don Leonardo Olivera, y las de San José á las de su Comandante Coronel graduado don Juan José Quesada, colocándose al frente del costado derecho la compañía de tiradores de Maldonado, al mando de su Capitán, don Francisco Osorio, y al frente del izquierdo, el Teniente Coronel don Adrián Medina con un escuadrón de la misma arma.

Al costado izquierdo de los tiradores de la derecha se colocó una pieza de á 4 de montaña; mandada por el subteniente de artillería don José Joaquín Olivera. Fueron los jefes de las citadas divisiones, en la izquierda el señor Brigadier Inspector General don Fructuoso Rivera, en la derecha el Teniente Coronel Comandante de Dragones Libertadores don Manuel Oribe y en la reserva el coronel de las milicias de Maldonado don Leonardo Olivera.

Un solo instante tardaron los enemigos en descargar sus armas casi alcanzando á tocar con ellos los soldados de la Patria, los cuales cumpliendo el juramento que acababan de repetir de *preferir la muerte á la ignominia de la esclavitud*, siguieron inalterables hasta desordenar á cuchilladas toda la línea enemiga que no pudiendo resistir la bravura de los orientales, se pusieron en desordenada retirada, en la cual aunque hicieron una vigorosa defensa, solo consiguieron con ella, sentir más el rigor de nuestras armas, dejando más de dos leguas de campo cubiertas de cadáveres, al fin de cuya distancia, del otro lado de Sarandí, pudieron hacer una reunión que contenía treinta y siete oficiales y cuatrocientos soldados por el Teniente Coronel Alencastre, la cual fué rendida después de haber solicitado se les tratase como prisioneros de guerra.—En esta pequeña suspensión los jefes Bentos Manuel y Bentos Gonzalez lograron escapar con poco más de trescientos hombres, que aunque fueron seguidos por una división, al mando del señor Inspector, no fué posible alcanzarlos. Los enemigos dejaron en el campo de batalla quinientos sesenta y dos muertos, ciento treinta y tres heridos, cincuenta y dos oficiales, inclusos tres Tenientes Coroneles, quinientos veintiun soldados prisioneros, sin contar los heridos, mil doscientas carabinas, 8040 sables útiles, más de doscientos rotos, seiscientas cincuenta pistolas, cincuenta lanzas, mil sesenta cananas, diez mil cartuchos de carabinas á bala, y todas sus caballadas cuyo número se aumentó posteriormente habiéndose rendido el día 14 al Teniente Aguiar que mandaba una partida de veintisiete hombres en la costa del Arroyo Grande, una fuerza de 16 oficiales, ciento diez y siete soldados, con noventa tercerolas, ochenta sa-

bles y cuarenta y cuatro pistolas é igualmente en la costa de Maciel, el Teniente Coronel don Pedro Pintos con ocho soldados todos armados.

El ejército de la Patria, sufrió la pequeña pero sensible pérdida del Capitán don Matías Lasarte, de Dragones Libertadores y treinta y cuatro soldados muertos y herido al Coronel don Andrés Latorre, Capitán don Pedro Correa, don Juan Salado, don Manuel Wal y don Cayetano Piris; Tenientes don Gerónimo Berruerato, don Juan Galván, don Luis Donadi, don Tomás Aguilera, don Felipe Almeida y don Juan Fernández; los alferez don Abdón Rodriguez, don Manuel Andión y don Francisco Márquez y sesenta y siete soldados.

Ningún premio sería bastante digno de los señores jefes, oficiales y tropa que se han hallado en esta acción, si por ella no alcanzasen el heroico renombre de Libertadores de su Patria.

Cuartel General en Mercedes, Octubre 26 de 1825.

JUAN ANTONIO LAVALLEJA.

Pedro Lenguas,

Encargado de la mesa de guerra.